

¿Potemkin en España?: el turismo de guerra británico en la zona republicana,

1936-1939

"La República española sólo desea que la miren, que la observen. La limpieza de su conducta, sus esfuerzos por organizar el estado que hoy existe, tan superior al que desmontó la traición, y sus afanes de civilización, cultura y humanitarismo sólo pueden merecer admiración a los amigos de la honestidad. El sacrificio que lleva adelante... sólo respeto puede inspirar: éstos son los sentimientos que que abrigan hacia nosotros estos diputados, después de conocernos. En este sentido se expresan. Cuando lleguen a sus países continuarán haciéndonos justicia, sin duda alguna. La verdad, aunque trabajosamente, se va abriendo paso. Y nos ayudará a vencer." ("Los diputados extranjeros que visitan España", *La Vanguardia*, 9 de febrero de 1938).

"Venía convencido de ver cosas que me agradaran, pero todo lo que he presenciado, tanto en el frente como en la retaguardia, me ha maravillado. Me ha causado asombro vuestro esfuerzo militar, y lo mismo la normalidad de la vida en vuestras ciudades de retaguardia, pese a las inquietudes y anormalidades de la guerra y a los temibles bombardeos. Marcho muy satisfecho de las atenciones que en España he recibido, y seré un paladín más de vuestra causa." ("La estancia del presidente del Congreso Nacional Indio, en España", *La Vanguardia*, 19 de junio de 1938).

"Me encantaría proporcionarle un salvoconducto al duque de Alba, agente de Franco en Londres, para que visite la España gubernamental y vea las cosas por sí mismo. De la misma manera sería para mí un placer que Mr. Chamberlain comprobara personalmente en la España leal lo que estamos haciendo. Y en todo, caso, si su primer ministro no puede venir, que enviase a alguna persona de su confianza para que lo informase." ("Conversación entre el presidente Negrín y Lord Forbes", *La Vanguardia*, 18 de diciembre de 1938).

I. Introducción: el modelo soviético y el precedente de octubre de 1934

Desde la aparición de los primeros estudios monográficos sobre el impacto de la Guerra Civil española en la opinión extranjera, esta línea de investigación ha ido desarrollándose hasta convertirse en una de las subdisciplinas más dinámicas de la historiografía en torno al conflicto. Pero este avance historiográfico, muy visible en el plano empírico, no ha mejorado sustancialmente nuestro conocimiento teórico de cómo se forma la opinión de una sociedad sobre un conflicto lejano en un contexto de guerra propagandística e intensa polarización ideológica. Quizá porque los trabajos sobre la propaganda republicana y franquista en el extranjero no han podido establecer un vínculo significativo entre ésta y la evolución de la opinión en cada país, en la actualidad parece prevalecer la idea de que dicha evolución fue determinada fundamentalmente por factores internos, como la ideología de los distintos actores sociales, la línea informativa adoptada por los medios de comunicación extranjeros y los estereotipos sobre el carácter español vigentes durante el periodo de entreguerras. Esta tesis puede sin duda explicar la actitud de la gran mayoría de la población mundial, que siguió el conflicto a través de la prensa y la radio, pero parece obviar la existencia de los cientos de extranjeros que viajaron a España y vieron la Guerra con sus propios ojos. Por muchos prejuicios que tenga una persona que se acerca a una sociedad extraña, en principio cuenta con más elementos para juzgarla que alguien que sólo la conoce a distancia: su experiencia, en todo caso, es muy distinta, como ha mostrado Horn en su artículo sobre los activistas extranjeros en la Barcelona revolucionaria. De ahí que los "turistas de guerra", muy citados por los historiadores pero rara vez estudiados como

fenómeno social con interés propio, constituyan un campo de investigación insoslayable para comprender las reacciones extranjeras ante la Guerra Civil.¹

El propósito de este trabajo consiste, precisamente, en profundizar en este área de estudio mediante una aproximación a los ciudadanos británicos que visitaron la zona republicana entre 1936 y 1939 con el propósito declarado de formarse su propia opinión sobre el conflicto. Esta definición del objeto resulta sin duda problemática, puesto que como veremos la mayoría de estos viajeros venían a España precisamente porque ya habían tomado partido: en realidad, muchos de ellos habían sido invitados por el Gobierno de la República o el gobierno autónomo catalán con el objetivo de hacer propaganda en su país. Pero, por razones obvias, estos viajes no se planteaban abiertamente como operaciones propagandísticas; de hecho, la manera más habitual de designarlos era "misiones de investigación oficiosas". El hecho de que la fórmula fuera utilizada por el propio Gobierno británico parece indicar que no se trataba sólo de un eufemismo, sino de un fenómeno bien conocido y con características peculiares. Aun así, no abundan las definiciones contemporáneas: las fuentes suelen limitarse a oponerlos a los viajes de profesionales de la ayuda humanitaria, corresponsales de prensa o miembros de comisiones de investigación oficiales. Las únicas definiciones positivas corresponden a autores vinculados a la causa franquista: el católico británico Arnold

¹ Entre los estudios recientes de la opinión extranjera sobre la Guerra Civil, destacan los de BUCHANAN (1993) y (1997) sobre Gran Bretaña y TUSELL (1993) sobre la opinión católica. Han señalado la influencia de los estereotipos sobre España en las actitudes inglesas hacia la Guerra UCELAY DA CAL (1990), pp. 23-43 y (1999), pp. 23-52 y MORADIELLOS (1997), pp. 11-23. En apariencia, el único autor que ha trabajado sobre los extranjeros que visitaron la zona republicana durante la Guerra desde la perspectiva de la formación de opiniones es HORN (1990), pp. 42-64, aunque su artículo se centra en unos pocos activistas de izquierda en la Barcelona de 1936-1939. Los "turistas de guerra" franquistas, en cambio, han sido estudiados por KEENE (2001), pp. 45-66, y más recientemente HOLGUIN (2003).

Lunn, por ejemplo, escribió en 1937 que estas "misiones" eran típicos ejemplos de viajes "a la Potemkin", aludiendo a las aldeas prefabricadas por el favorito de Catalina II para la gira de la emperatriz y varios observadores extranjeros por la Crimea rusa en 1787. Nuestro objeto de estudio constituye por tanto un fenómeno ambiguo, y quizá la expresión paradójica "turismo de guerra" sea la que mejor captura esa ambigüedad.²

También podría hablarse de "turismo político", porque en la España de 1936-1939 el turismo constituía inevitablemente un acto político. De hecho, los viajes de extranjeros a la zona republicana durante este periodo se parecen poco a las visitas de los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial organizadas por Francia y Bélgica durante los años 20 (el "battlefield tourism" estudiado por Holguin), y bastante a la experiencia soviética de viajes organizados. Como señala Hollander, la Unión Soviética fue el primer régimen en utilizar el turismo como instrumento político de manera sistemática, creando departamentos especializados en el mercado turístico occidental (el *Intourist* y la VOKS, siglas de la Sociedad Soviética de Relaciones Culturales con el Extranjero) y desarrollando una serie de técnicas para controlar las impresiones de los visitantes extranjeros sobre la realidad del país. Estas "técnicas de hospitalidad", reproducidas más tarde por otros Estados totalitarios, se atenían según este autor a dos

² A propósito de la visita a España de una delegación eclesiástica encabezada por el deán de Chichester, un funcionario del Foreign Office informaba al representante británico ante la Santa Sede el 20 de abril de 1937: "en vista del desafortunado efecto de estas misiones de investigación oficiosas, hemos conseguido aprovechar el plan de vigilancia español para, en lo posible, limitar estas visitas ... a periodistas de buena fe, hombres de negocios y cooperantes...". FO 371/21390 W 6392. La expresión "turismo de guerra" es relativamente antigua: Pablo de la Fuente, empleado de la Oficina de Prensa extranjera republicana durante la Guerra, se refiere de pasada a los "turistas de guerra" del hotel Victoria en su relato autobiográfico *Sobre tierra prestada*. FUENTE (1944), pp. 161-163. Sobre el término "aldeas Potemkin", ver MALIA (1999), pp. 79-80. LUNN (1937), p. 209.

criterios básicos: seleccionar las experiencias del viajero, permitiéndole percibir sólo lo que los soviéticos deseaban que percibiera, y procurar que su estancia fuera agradable, tanto física como psicológicamente. El primero se refleja en la minuciosa planificación del recorrido y en la importancia crucial del guía turístico, encargado de interpretar la realidad para el visitante y de evitar encuentros no deseados; el segundo, en el trato exquisito que se le dispensaba. Lógicamente, el objetivo que se perseguía era que el turista quedara satisfecho y convencido de las virtudes del sistema soviético, lo que con suerte se traduciría en buena publicidad y nuevos visitantes.³

Como es sabido, las técnicas de hospitalidad soviéticas fueron lo suficientemente exitosas como para crear un nuevo tipo de viajero: el "compañero de viaje", o intelectual occidental simpatizante del comunismo. El término, al parecer acuñado por Trotski en 1923, se hizo popular durante los años 30, cuando las visitas a la Unión Soviética se pusieron de moda entre los intelectuales de izquierda de Europa y Norteamérica. Desde que apareció el estudio clásico de Cauter, estos "compañeros de viaje" han dado lugar a una abundante literatura en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, y no tendría sentido detenerse aquí en este tema. Con todo, es interesante constatar que algunos de los extranjeros que visitaron la zona republicana durante la Guerra Civil habían viajado previamente a la Unión Soviética (como los norteamericanos Waldo Frank, Theodore Dreiser y Paul Robeson) o lo harían más tarde (como Hewlett Johnson, deán de Canterbury). Aunque Cauter señala que no existe una equivalencia automática entre los "compañeros de viaje" del comunismo y los partidarios del Frente Popular en la Inglaterra de los años 30, llama también la atención

³ HOLLANDER, 295-364. Al parecer, no existe ninguna monografía sobre el *Intourist* soviético: la única obra que se le aproxima es MARGULIES (1968). Sobre la VOKS, se puede consultar FAYET (2002), pp. 97-113.

que según su propio relato muchos de los británicos que viajaron a España entre 1936 y 1939 (como la duquesa de Atholl, Eleanor Rathbone o el deán de Canterbury) estaban ya vinculados a comités de amistad con la Unión Soviética, como la Society for Cultural Relations between the British Commonwealth and the USSR y el National Congress for Peace and Friendship with the Soviet Union. Es indudable, por tanto, que existe una relación entre el fenómeno de los "compañeros de viaje" y el tema de este trabajo.⁴

El mejor ejemplo de la influencia soviética en el turismo de guerra republicano es probablemente la visita a España de la comisión de investigación formada por los parlamentarios británicos Lord Listowell y Ellen Wilkinson en noviembre de 1934, poco después de la revolución de Asturias. A todas luces, la delegación había sido organizada por el comunista alemán Willi Münzenberg, encargado de la propaganda comunista en Europa occidental, que ya en 1933 había enviado a Listowell a la Alemania nazi en una misión similar. La prueba es que los delegados iban acompañados por el checo Otto Katz, lugarteniente de Münzenberg, y que su visita tenía también por objeto investigar supuestas atrocidades -en este caso, las cometidas por la Guardia Civil española contra los revolucionarios de Asturias tras el fracaso de la insurrección. Los testimonios sobre la misión Listowell-Wilkinson discrepan en muchos puntos, pero coinciden en que su viaje dio lugar a una intensa polémica tanto en España -donde sectores progubernamentales organizaron una manifestación contra los delegados a su llegada a Oviedo- como en Inglaterra -donde la Ejecutiva del Partido Laborista censuró públicamente la iniciativa. No está claro que los delegados llegaran a obtener pruebas de las torturas que supuestamente se estaban practicando en las cárceles de Oviedo y

⁴ CAUTE, 1988, 1-14 y 215-281 Sobre viajeros occidentales en Rusia, ver también FAYE (2003), pp. 377-418; MALIA (1999), pp. 339-348; HOLLANDER (1987), pp. 95-196; y AVILÉS FARRÉ (1999), pp. 85-91 y 193-200. La última observación en CAUTE (1988), p. 145.

Madrid: uno de los representantes designados por los presos de la capital para informarles recuerda que "mis respuestas decepcionaron visiblemente a Katz, quien habría preferido sin duda enterarse de que nos están martirizando y matando de hambre." En todo caso, a su regreso a Londres tanto Listowell como Wilkinson denunciaron en la prensa británica los excesos del "fascismo" en España, sentando así un precedente de lo que sucedería -ampliado- a partir del 18 de julio de 1936.⁵

I. **El turismo de guerra en la zona republicana, 1936-1939**

1.) Los anfitriones

En su estudio sobre los "peregrinos políticos" del siglo XX, Paul Hollander no incluye a los extranjeros que viajaron a la zona republicana durante la Guerra Civil, pues a su juicio los gubernamentales carecían de recursos para poner en práctica "técnicas de hospitalidad" similares a las de la Unión Soviética y regímenes socialistas posteriores. En esto, Hollander se muestra coherente con su concepción de los viajes organizados como un fenómeno peculiar de las sociedades totalitarias, pero no hace justicia a la realidad de la España republicana, donde los visitantes extranjeros constituyeron una prioridad política de primer orden desde el otoño de 1936. Es cierto que aquí no se creó una institución ad-hoc comparable al *Intourist* soviético: el Patronato Nacional de Turismo nacido durante la Dictadura quedó desmantelado tras el 18 de julio y acabó integrándose en el propio aparato de propaganda de la República.

⁵ Sobre la visita Listwoell-Wilkinson, ver FRIERA (1997), pp. 400-402; LISTOWEL (1996), capítulo 4; BOLÍN (1967), pp. 144-147; "El pueblo asturiano rechaza dignamente a la comisión extranjera que abandona Oviedo, protegida por fuerzas de la Guardia Civil", *ABC*, 16 de noviembre de 1935; RAWICZ, (1997), p. 210, de donde procede el testimonio del preso; y VERNON (1982), pp. 162-163.

Sin embargo, tanto el Gobierno central como los gobiernos autónomos catalán y -en menor medida- vasco contaban con agentes especializados en la organización del turismo político, y a lo largo de la guerra destinaron sumas considerables a financiar los viajes y estancias de personalidades extranjeras en su territorio. El sistema podía ser imperfecto, pero funcionaba lo suficientemente bien como para acoger a cientos de visitantes (la cifra total es virtualmente incalculable) en apenas dos años y medio.⁶

Las técnicas de hospitalidad republicanas nacieron en Cataluña, algo lógico si se tiene en cuenta que esta región era un punto de entrada obligado para los extranjeros que deseaban visitar la zona gubernamental y que el Gobierno de la Generalitat fue el primero de los poderes españoles en crear un organismo oficial de propaganda tras la sublevación militar. Según el cartelista catalán Carles Fontseré, el encargado de organizar la estancia de periodistas y dignatarios foráneos en Barcelona era el jefe de los Servicios Técnicos del Comissariat de Propaganda, el decorador Víctor Artís: "alt, prim, rossenc y desmanegat, amb la seua impudícia i el seu desverniment... no tenia parangó." Los turistas más distinguidos se alojaban invariablemente en el hotel Majestic y eran agasajados en los mejores restaurantes de la ciudad, como *La Punyalada*, en el paseo de Gracia, o *La Font del Lleó*, en Pedralbes; otras veces el comisario Jaume Miravittles los llevaba a comer en París. De camino a Francia, las expediciones solían hacer un alto en Tossa de Mar, donde había un hostel propiedad de una pareja de periodistas británicos retirados, Archibald y Nancy Johnstone. Esta última, que trabajó más de una vez como guía turística para el Gobierno catalán y participó en polémicas en la prensa británica en defensa de la República, ha escrito que "el mero hecho de nuestra existencia era una propaganda excelente para la Generalitat": de ahí que el Comissariat rodara un

⁶ HOLLANDER (1987), pp. 188, n. 28. FERNÁNDEZ FÚSTER (1991), pp. 276-294.

documental sobre el "Hotel Johnstone" para exhibirlo en Londres cuando el príncipe alemán Hubertus zu Löwestein almorzó allí en el verano de 1937.⁷

La línea propagandística adoptada por Miravittles de cara a los países burgueses, que trataba de presentar la experiencia catalana como "la revolución del buen gusto", se refleja también en su selección de guías-intérpretes para el Comissariat, más basada en criterios diplomáticos que en consideraciones ideológicas. En su relato sobre la Guerra, Johnstone habla de Elizabeth [Deeble], una joven norteamericana que había residido quince años en Barcelona: según ella, se trataba de "una perfecta *snob*" y "no tenía la más mínima idea de marxismo", lo que no le impedía ser una guía "soberbia en su línea". También se refiere a la suegra del príncipe Löwestein, una anciana "frágil pero indomable", extraordinariamente políglota, y que por su devoción a la causa republicana (había abandonado su casa en Mallorca poco después de la entrada de los nacionales en la isla) era muy querida en Barcelona. Del cuidado de los huéspedes más ilustres se encargaban los agentes del Gobierno catalán en el extranjero, como su representante en Londres Donald R. Darling, o los propios *consellers*: el guía más asiduo fue quizá Pere Bosch Gimpera, que acompañó personalmente a los museólogos británicos Frederick Kenyon y James G. Mann durante su visita a Barcelona y Valencia en agosto de 1937.⁸

En la zona controlada por el Gobierno central, las técnicas de hospitalidad tardaron algo más en desarrollarse: la confusión de los primeros meses de la Guerra y la

⁷ FONTSERÉ (1995), pp. 329-330. JOHNSTONE (1939), pp. 112-116.

⁸ Jaume Miravittles "La Révolution du bon gout", *Le Journal de Barcelone*, 46, 13 de marzo de 37. JOHNSTONE (1939), pp. 112-116. En una carta al obispo de Gibraltar de 27 de febrero de 1937, el cónsul británico en Barcelona interpretaba la presencia de Darling al frente de la delegación encabezada por el deán de Chichester que había visitado la ciudad a finales de enero de 1937 como prueba de que el viaje era "un acto de propaganda para los rojos." Norman King a H.J. Buxton, PRO FO 371/21390, 100585. Sobre la visita de Kenyon y Mann, ver BOSCH GIMPERA (1980), pp. 259-260.

falta de personal especializado (la mayoría de los funcionarios del PNT se hallaban en la zona sublevada) forzaron al gobierno de Largo Caballero a delegar la organización de los viajes y el acompañamiento de los viajeros en su principal agente de propaganda en Francia, el checo Otto Katz. El equipo formado por Katz y la comunista inglesa Isabel Brown intervino ya en la preparación de la primera delegación británica de relieve en visitar la zona gubernamental, el grupo de parlamentarios que llegó a Madrid a mediados de septiembre de 1936, y al parecer siguió ocupándose de estas tareas durante la mayor parte de 1937. Por lo general era Brown quien hacía de guía, aunque en algunas ocasiones Katz acompañó personalmente a los visitantes: Arturo Barea le recuerda escoltando a la duquesa de Atholl por las calles de Madrid en abril de 1937 “con su cara de actor viejo y sus maneras de galán de comedia de fin de siglo.” Pero el Gobierno no siempre pudo contar con profesionales: en noviembre de 1936, en pleno asedio de Madrid, tuvo que confiar el cuidado de otra delegación de parlamentarios británicos a la diputada socialista de origen alemán Margarita Nelken, tan decidida a mostrar los daños provocados por los bombardeos rebeldes en la ciudad que “arrastró literalmente a los diputados de ruina en ruina hasta que pidieron clemencia.”⁹

Tras el traslado del Gobierno a Valencia, no obstante, la Oficina de Prensa Extranjera del Ministerio de Estado intervino cada vez más en la organización de los viajes, al menos dentro del territorio gubernamental. Desde finales de 1936, Luis Rubio Hidalgo empezó a formar un equipo de guías-intérpretes similar al del Comissariat: una

⁹ Sobre Katz, ver KOESTLER (2000), pp. 226-229 y la breve alusión en p. 359. Sobre la organización de la delegación Hastings, ver Brown a Katz, 11 de septiembre de 1936, FO KV 2/774 200b. BAREA (1990), p. 291. La descripción de la visita de los parlamentarios británicos en noviembre de 1936, en BUCKLEY (1940), pp. 267-268. Nelken acompañó también a Jawaharlal Nehru durante su estancia en Barcelona a mediados de junio de 1938. "La estancia del presidente del Congreso Nacional Indio, en España", *La Vanguardia*, 19 de junio de 1938.

de las primeras elegidas fue la española Aurora [Riaño Lanzarote], que según un corresponsal británico provenía de una familia aristocrática y dominaba el inglés. El mismo periodista recuerda que, hacia marzo de 1937, trabajaba también como intérprete en Madrid una joven sueca llamada Kajsa, cuya energía y aspecto poco convencional eran "el asombro de la población española". La visita de la duquesa de Atholl a la capital, un mes después, estuvo ya cuidadosamente planificada: por encargo de Rubio Hidalgo, la censora austriaca Ilse Pollak se encargó del "contacto personal" con la duquesa y sus acompañantes, mientras su jefe Arturo Barea diseñaba el programa de actividades. Tanto esta delegación como la presidida por el deán de Canterbury, que llegó a Madrid casi por las mismas fechas, se alojaron en el Hotel Florida de la Gran Vía, sede de la prensa extranjera, aunque desde mediados de 1937 el Florida fue desplazado por el Victoria de la plaza del Ángel, más tranquilo y menos expuesto a los bombardeos enemigos. En Bilbao, el "deán rojo" y sus acompañantes disfrutaron de la hospitalidad de la Oficina de Prensa Extranjera del Gobierno de Euzkadi, que con muy buen criterio les asignó como guía a un ferviente católico vasco.¹⁰

¹⁰ Sobre Aurora Riaño y Kajsa, ver BRERETON (1938), p. 41; y COWLES (1941), pp. 12-13 y 36 ss. Riano acompañó a la delegación laborista presidida por George Strauss durante su visita a Barcelona a principios de enero de 1938: ver *La Vanguardia*, 7 y 14 de enero de 1938. La República disponía probablemente de muchos otros guías profesionales: Lord Listowell recuerda en sus memorias que durante su visita a la zona republicana estuvo acompañado por un antiguo dentista de Oviedo que había escapado "milagrosamente" de la zona rebelde. LISTOWEL (1996), capítulo 4. Los planes para la visita de la delegación Atholl, en BAREA (1990), pp. 291-297. La selección de hoteles por parte de Rubio Hidalgo, en DELMER (1941), 316-319. El entonces censor republicano Pablo de la Fuente se refiere de pasada a los "turistas de guerra" del hotel Victoria en su relato autobiográfico *Sobre tierra prestada*: FUENTE (1944), pp. 161-163. Tras su visita a Bilbao, el deán de Canterbury escribió que se había entrevistado con [Bruno de Mendiguren], y que "el caballero que nos acompañaba como guía estuvo con nosotros un día hasta las cuatro de la madrugada, cuando algunos de regresamos de una visita a las

La organización del célebre II Congreso internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, a principios de julio de 1937, demuestra bien a las claras que los republicanos aprendieron con rapidez los rudimentos del turismo de guerra. La novelista Sylvia Townsend Warner, miembro de la delegación británica, le contó a su regreso a Londres a un amigo: "nos agasajaron con una hospitalidad de cuento de hadas; fueron muy generosos, todo estaba planeado minuciosamente." Los recuerdos de sus organizadores dan una idea de la dificultad y el coste de la empresa: el jefe del Servicio Español de Información le contó al presidente Azaña que el Congreso le estaba costando "un dineral al Estado", pese a que la primera sesión tuvo lugar sin "máquinas de escribir, ni lápices, ni papel, ni taquígrafos." El poeta Pablo Neruda, que trabajaba para la Asociación Internacional de Escritores de París, recuerda haber recibido del Gobierno español "una gran suma de dinero que cubría los gastos generales del Congreso, incluyendo los viajes de los delegados desde otros continentes." El también poeta Juan Gil-Albert, uno de los secretarios de organización del Congreso nombrados por el subsecretario de Instrucción Pública Wenceslao Roces, recuerda por su parte que en uno de los banquetes con que se agasajó a los delegados en Valencia por orden del presidente Negrín, "no dejaba uno de preguntarse por la procedencia de toda aquella profusión de viandas que, dado nuestro permanente estado de subalimentación, nos equiparaba en estupor, y segregaciones gástricas, al estado de Sancho en las bodas de Camacho." Teniendo en cuenta que éste era sólo uno de los seis congresos internacionales celebrados en Valencia durante la primera quincena de julio, parece

trincheras. Volvió cuatro horas más tarde, tras un pequeña siesta. Por casualidad descubrimos que entre medias había asistido a misa. "Christian Delegation to Spain", *Manchester Guardian*, 26 de abril de 1937.

evidente que a estas alturas de la Guerra el Gobierno republicano había alcanzado una considerable maestría en el oficio.¹¹

La política de puertas abiertas de la República exigía mantener un aparato organizativo sólido, tanto en el interior de España como en el extranjero. Desde mediados de 1937, la Oficina de Prensa Extranjera de Barcelona y su delegación en Madrid se hacían cargo de proporcionar a los turistas alojamiento, transporte e información, y al parecer lo hacían muy bien: según un periodista británico, la labor de Constanza de la Mora (sustituta de Rubio Hidalgo al frente de la OPE) y Rosario del Olmo (delegada de la OPE en Madrid) en este terreno demostraba "la capacidad organizativa de las mujeres españolas". En el extranjero, Otto Katz siguió trabajando para el Gobierno Negrín hasta finales de 1937, encargándose de pactar la visita a Barcelona, Madrid y Valencia de una delegación franco-británica presidida por el secretario general del partido laborista, Clement Attlee, a principios de diciembre. Desde su sustitución al frente de la Agencia España de París, sin embargo, Katz se distanció de los republicanos y sus funciones fueron heredadas por el periodista norteamericano Louis Fischer, más próximo al presidente Negrín. Como Katz, Fischer se ocupaba fundamentalmente del mercado turístico británico y trabajaba en colaboración con el embajador republicano en Londres, Pablo de Azcárate; a principios de diciembre, éste escribió a Negrín que consideraba la labor del norteamericano "muy beneficiosa" para la República. La carta refleja la intensísima actividad propagandística

¹¹ Carta de Sylvia Townsend Warner a Oliver Warner, 27 de julio de 1937; reproducida en USANDIZAGA (2000), pp. 128-130. El estudio definitivo sobre el Congreso de Intelectuales es AZNAR SOLER y SCHNEIDER (1987), vols. I-III. La cita de Azaña, en AZAÑA (2000), p. 1036. La de Neruda, en *Confieso que he vivido*, citado en AZNAR SOLER y SCHNEIDER, (1987), III, pp. 429-432: 430. La de Gil-Albert, en AZNAR SOLER y SCHNEIDER (1987), III, pp. 389-393. El dato de los seis congresos, en SCHNEIDER (1987), I, p. 17.

de los republicanos en Inglaterra a finales de 1937: la Embajada y Fischer estaban preparando simultáneamente los viajes a España de dos delegaciones de parlamentarios laboristas (una de ellas era la presidida por Attlee), otra de parlamentarios liberales, otra de científicos, otra de escritores y artistas y otra de juristas.¹²

No cabe duda de que la Hacienda republicana tuvo que invertir sumas considerables en estos viajes, aunque la escasa documentación disponible no permite siquiera hacer estimaciones aproximadas de su coste total. La contabilidad mantenida por Pablo de Azcárate entre septiembre de 1936 y febrero de 1939 muestra que, durante el primer año de Guerra, la Embajada de Londres costeó los billetes para España de al menos tres delegaciones británicas: la de parlamentarios en septiembre de 1936, la presidida por el deán de Chichester en febrero de 1937 y la presidida por el deán de Canterbury en abril de ese año. Sólo durante la primera mitad de 1938, viajaron a España (vía París) por cuenta de la Embajada diecisiete personalidades extranjeras, la mayoría de las cuales encajan a la perfección en el modelo del "turista de guerra". Pero sería ocioso tratar de hacer cálculos a partir de estos datos: aun limitándonos a los turistas británicos, es obvio que el desembolso de la Embajada no representaría más que

¹² BRERETON (1938), pp. 36-38. Según dos informes de los servicios secretos británicos redactados en noviembre de 1939, Katz y Fischer dirigían juntos la propaganda republicana en el exterior en contacto con la dirección de la Comintern y con Emil Buré, corresponsal de *L'Ordre*, además de contar con grandes cantidades de dinero. P.R.O. KV 272 a y 2/774. El alejamiento de Katz pudo tener su origen en órdenes de la Comintern o en otros motivos: una fuente del Ministerio de Estado de la República le describió en mayo de 1938 como un "indeseable", John Leche al Foreign Office, 13 de mayo del 38, P.R.O. FO 371/22625 W 6437. Azcárate a Negrín, 2 de diciembre de 1937, AMAE, Archivo Azcárate, 106, 3. Aparentemente, de las seis delegaciones planeadas, sólo fructificaron las dos laboristas. La delegación de juristas franco-británicos era un proyecto de Pere Bosch Gimpera, y se frustró con su dimisión en agosto de 1938. BOSCH GIMPERA (1980), p. 260.

una parte muy reducida del coste total de los viajes, pues habría que sumarle los gastos de alojamiento, alimentación y transporte de los viajeros en España.¹³

2.) Los huéspedes

Con este modesto equipo y un considerable esfuerzo presupuestario, los republicanos fueron capaces de acoger a un centenar de turistas británicos (se trata de un cálculo aproximado, la cifra total es seguramente mayor) durante el conjunto de la Guerra. Pero su política en este terreno no puede juzgarse por criterios cuantitativos, dejando de lado la identidad de los visitantes y su representatividad dentro de la sociedad británica. Los dirigentes de la República eran perfectamente conscientes de que los viajes tendrían tanta más repercusión mediática cuanto mayor fuera el prestigio social de los viajeros, por lo que trataron de atraer a España a las figuras más conocidas del *establishment*. El hecho de que fueran simpatizantes de su causa no les preocupaba demasiado: en noviembre de 1936, los sindicatos catalanes informaron al diputado del ILP John McGovern de su disposición a recibir a cualquier comisión de católicos británicos, "por muy reaccionarios que fueran sus miembros". De hecho, todo indica que el turista potencial resultaba tanto más valioso cuanto más sólidas fueran sus credenciales conservadoras: así, desde la primavera de 1937, el Gobierno cortejó activamente al ex ministro Winston Churchill, que fiel a su anticomunismo militante consideraba la rebelión de Franco como una reacción al intento soviético de provocar una revolución en España. Pese a ello, tanto el embajador Azcárate como sus asesores

¹³ Los datos más concretos sobre los viajes de delegaciones están en dos certificados de Pablo de Azcárate para el Ministerio de Estado depositados en su archivo particular y fechados, respectivamente, el 30 de junio de 1938 (AMAE, Archivo Azcárate, 151/23) y el 31 de octubre 1938 (AMAE, Archivo Azcárate, 151, 2 P).

británicos le invitaron repetidamente a visitar el país para comprobar por sí mismo que la revolución y las atrocidades de los primeros meses de la Guerra estaban bajo control. Pero el viejo líder respondió una y otra vez con evasivas: Azcárate escribiría más tarde que su incapacidad para entablar relaciones con Churchill había constituido "el mayor fracaso de mi misión en Londres" en el terreno político-social.¹⁴

El caso de Churchill, una de las numerosas personalidades británicas que se negaron a aceptar la hospitalidad de la República, debe ponerse en el contexto de la política del Gobierno conservador de ese país, tendente a limitar al máximo las visitas de sus ciudadanos a España. El acuerdo de No-Intervención, tal y como fue interpretado por los gabinetes de Stanley Baldwin y Neville Chamberlain, constituyó sin duda el principal obstáculo a que se enfrentaron los republicanos en este terreno: aunque no consiguió acabar en ningún momento con el turismo de guerra, convirtió cada viaje en un delicado pulso político -al menos hasta finales de 1937. Desde la visita de la segunda delegación de parlamentarios británicos a Madrid, en noviembre de 1936, todos los viajeros debían firmar una declaración comprometiéndose a no expresar "opiniones

¹⁴ A principios de abril de 1937, Azcárate escribió a Churchill -a propósito de un artículo de éste en el *Evening Standard*, donde había calificado a los anarquistas de "sectas feroces"-: "visite Vd el país; vea por sí mismo la situación en Valencia, en Barcelona, en Bilbao, en Madrid. Hable con esos hombres que al propio tiempo que logran reconstituir el instrumento militar necesario para vencer la rebelión y sus aliados extranjeros, consiguen progresos no menos importantes en la ímproba tarea de reconstituir la estructura y el funcionamiento normal del Estado, que la rebelión misma echó por tierra. Estoy seguro que a su vuelta, Vd mismo sonreirá al recordar lo de *ferocious sects*." Azcárate a Churchill, 10 de abril de 1937, AMAE, Archivo Azcárate, 106 (se trata de un borrador, la versión definitiva está en Churchill Archives, Cambridge (CHAR 2/314/9-10). La duquesa de Atholl se hizo eco de la invitación del Gobierno a Churchill tras su regreso de España: ver Atholl a Churchill, 9 de mayo de 1937, CHAR 2/314/14-19. Ver también Azcárate a Churchill, 13 de diciembre de 1937, AMAE, Archivo Azcárate, 106, 3.

políticas" y a "no tomar partido" entre los beligerantes, pero una fórmula tan ambigua admitía interpretaciones muy diversas y no ponía en peligro la continuidad de la empresa. Tras el viaje a España de la delegación presidida por el deán de Chichester, el Foreign Office trató de zanjar el problema promulgando una orden que restringía los visados a "periodistas de buena fe, hombres de negocios y trabajadores humanitarios". Pero el temor de dar alas a la oposición de izquierdas hizo que el Passport Office aplicara esta medida con mucha cautela: cuando el deán de Canterbury anunció su intención de viajar a España le denegó el visado, pero en el último momento se echó atrás, "debido al escándalo público que se habría producido." La orden sólo tuvo efectividad durante el II Congreso de Escritores de julio de 1937, cuando consiguió reducir al mínimo la delegación británica; pero en diciembre Clement Attlee la redujo a papel mojado al afirmar, a su regreso de España, que el acuerdo de No-Intervención no implicaba la neutralidad moral del visitante, sólo le obligaba a abstenerse de ayudar materialmente a los republicanos durante su estancia.¹⁵

Durante la mayor parte de la Guerra, por tanto, los británicos que vinieron a España lo hicieron -en el mejor de los casos- contra la voluntad expresa de su Gobierno, lo que indica hasta qué punto eran personas excepcionales. En apariencia, la lista de turistas de esta nacionalidad constituye una muestra representativa de diversos estratos sociales: en ella figuran parlamentarios de todos los partidos y de ambas cámaras; eclesiásticos y seculares de todas las confesiones; sindicalistas, aristócratas y

¹⁵ La declaración de la delegación presidida por Seymour Cocks, en Henry Chilton a la Secretaría de Relaciones Exteriores de Burgos, 20 de noviembre de 1936, AMAE, 599-R, exp. 4. La orden de marzo de 1937 y el intento de denegar el visado al deán de Canterbury, en Foreign Office al representante británico ante la Santa Sede, 20 de abril de 1937, P.R.O. FO 371/21390 W 6392; y "Dean's Party for Spain", *Manchester Guardian*, 31 de marzo de 1937. La interpretación de Attlee, en "Mr. Attlee answers his critics", *Daily Herald*, 14 de diciembre de 1937.

trabajadores intelectuales. Está claro que no todos eran comunistas, ni siquiera "compañeros de viaje" en el sentido apuntado más arriba: ni Clement Attlee ni Frederic Kenyon son sospechosos de simpatizar con la Unión Soviética en modo alguno. Pero resulta igualmente obvio que la inmensa mayoría de estos turistas podrían definirse como visitantes comprometidos, que viajaban a España con el propósito deliberado de dejar constancia de su apoyo a la causa republicana. Para ellos, el viaje no era tanto una manera de hacerse una idea de la Guerra como un fin en sí mismo, o en el mejor de los casos una manera de establecer contactos con personalidades españolas o colaborar en tareas humanitarias. Su compromiso, por tanto, no era la consecuencia natural de su viaje, sino más bien su causa: de hecho, muchos de ellos pertenecían ya a comités británicos de ayuda a la República.

Como es lógico, el hecho de que la mayoría de los turistas fueran previamente conocidos por sus simpatías prorreplicanas restaba cierto valor a su testimonio como reflejo objetivo de la realidad española: de ahí que sus informes o declaraciones tuvieran por lo general un eco muy reducido en la gran prensa británica. Éste es el caso de los visitantes comprometidos por excelencia, los comunistas británicos, que sin embargo se mostraron muy activos durante toda la Guerra: el secretario general del Partido, Harry Pollitt, visitó la zona gubernamental en al menos tres ocasiones, las mismas que el biólogo J.B.S. Haldane, cuyo hijo luchaba en las Brigadas Internacionales y cuya esposa Charlotte trabajaba de secretaria para una asociación de ayuda a los brigadistas. Pero la oposición de los comunistas a la política de No-Intervención no constituía ninguna novedad, y los viajes de Pollitt y Haldane pasaron relativamente desapercibidos fuera de los medios afines. Algo similar sucedió con el Congreso de Escritores de julio de 1937, donde la delegación británica estuvo compuesta íntegramente por comunistas (Stephen Spender, Edgell Rickword, Sylvia

Townsend Warner, Valentine Ackland) y un brigadista (Ralph Bates). De ahí que los observadores más lúcidos consideraran que el evento había un fracaso: el propio presidente de la República anotó en su diario el 10 de julio: “el Congreso no ha valido nada. Ha venido poca gente y poquísima de renombre.”¹⁶

Los viajeros laboristas, tanto o más numerosos que los comunistas, responden también al modelo del visitante comprometido, aunque su valor propagandístico era muy superior. Ambos hechos tienen la misma explicación: durante la mayor parte de la Guerra, el movimiento laborista mantuvo una política muy cautelosa respecto a la cuestión española y la No-Intervención, por lo que cada viaje a España constituía un acto de rebeldía contra la ejecutiva del Partido y de las *Trade Unions*. Conscientes de ello, los dirigentes republicanos fomentaron activamente el envío de delegaciones de ambos signos, aunque hasta finales de 1937 tuvieron que conformarse con agasajar a representantes del ala radical del movimiento, como los diputados William Dobbie y Seymour Cocks y el par Lord Hastings. Los dirigentes del pequeño Independent Labour Party también frecuentaron la zona republicana durante este periodo, aunque tras los sucesos de mayo de 1937 sus viajes tenían por objeto investigar el proceso contra el POUM y constituían una propaganda más bien negativa. Pero el gran éxito de la República en este terreno fue sin duda la visita de Clement Attlee en diciembre de 1937, no sólo por su considerable impacto mediático sino por lo que suponía de señal para su Partido y los sindicatos afines. Así, entre enero y mayo de 1938, los republicanos recibieron a cuatro delegaciones consecutivas de ambos signos, en las que figuraban importantes dirigentes del Partido, como el ex ministro Emmanuel Shinwell, o de los

¹⁶ POLLITT (1938). HALDANE (1949), pp. 124-125 y 127-131. Basándose en el programa oficial del Congreso, Aznar Soler y Schneider dan por cierta la asistencia de siete delegados británicos más, pero su propio relato parece demostrar que sólo vinieron los citados. Cf. SPENDER, (1991), pp. 238-247. AZAÑA (2000), p. 1036.

sindicatos, como el presidente de la Federación de Mineros Británicos. Pero la avalancha de visitantes de la primera mitad de 1938 se vio frenada por el fracaso de la campaña por un Frente Popular a mediados de junio, y el turismo de guerra laborista quedó reducido una vez más al antiguo goteo de incondicionales.¹⁷

También viajaron a la zona republicana dos delegaciones protestantes, algo sorprendente teniendo en cuenta que el régimen era considerado por la mayoría de la opinión británica como un paradigma de anticlericalismo. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que en la sociedad británica de los años 30 las creencias religiosas no estaban necesariamente reñidas con el compromiso político, al menos dentro de las Iglesias protestantes. La primera delegación eclesiástica en visitar España, por ejemplo, fue organizada por el activista anglicano Henry Brinton, miembro del Partido Laborista y vinculado a la principal organización de ayuda a España del país, el *National Joint Committee for Spanish Relief*. El presidente de la segunda delegación, Hewlett Johnson, constituye otro caso claro de religioso comprometido: vicepresidente de la Sociedad para las Relaciones Culturales con la Rusia Soviética, se le conocía como el "deán rojo" de Canterbury. Entre los miembros de esta delegación había también un párroco marxista (E. O. Iredell), una católica laborista (Monica Whately) y hasta una comunista (la secretaria Hannah Laurie); huelga decir que casi todos ellos pertenecían a algún comité de ayuda a España. El catolicismo británico, en cambio, se atuvo estrictamente a la disciplina impuesta por su jerarquía, partidaria de la causa rebelde: de ahí que con una

¹⁷ Sobre la posición del movimiento laborista ante la Guerra Civil, ver BUCHANAN (1991) y MUELLER (1979). Sobre el Independent Labour Party, ver BUCHANAN (1997 b), pp. 435-461. Sobre el impacto de la visita de Attlee, se puede ver *Times* y *Daily Herald*, 4-14 de diciembre de 1937. Las visitas de delegaciones laboristas y sindicalistas durante la primera mitad de 1938 se pueden estudiar a través de las crónicas de *La Vanguardia*, portavoz del Gobierno Negrín, y de sus propios relatos de viaje: ver MILNER *et al.* (1938), *Spain 1938* y *Spain and Ourselves* (1938).

sola excepción los únicos católicos de esa nacionalidad en visitar la zona gubernamental fueran al mismo tiempo representantes de partidos o sindicatos obreros.¹⁸

El turismo de guerra republicano, en definitiva, se nutrió fundamentalmente del movimiento obrero británico, de sus propias organizaciones de ayuda humanitaria o de demócratas vinculados a la campaña antifascista promovida por la Unión Soviética desde mediados de los años 30. Fuera de estos ámbitos, fueron muy pocos los británicos que se atrevieron a comprometerse abiertamente con la República. Pese a su actitud crítica con la No-Intervención, los liberales sólo enviaron a España a figuras secundarias del partido, como Wilfrid Roberts o el capitán McDonald: los intentos de Azcárate de formar una delegación de liberales durante 1938 no llegaron a fructificar. De los conservadores, partido gubernamental y en su mayoría favorable a los franquistas, podía esperarse aún menos, por lo que el caso de la duquesa de Atholl resulta totalmente extraordinario. Hasta mediados de los años 30, la diputada escocesa era conocida sobre todo por su informe contra el trabajo forzado en la Unión Soviética y su defensa del Pacto Hoare-Laval: el sobrenombre de "duquesa roja" data precisamente de su espectacular transformación en propagandista de la República durante la primavera de 1937. Pero en realidad su viaje no hizo más que confirmar una posición previa: desde finales de 1936 presidía el *National Joint Committee for Spanish Relief*, y

¹⁸ Sobre la primera delegación protestante, ver BUCHANAN (1997), pp. 172-175. Los datos sobre los miembros de la segunda se han extraído de "The Dean's Deputation to Spain", *Morning Post*, 1 de abril de 1937. Según nuestros datos, los católicos británicos que visitaron la zona republicana fueron la concejal laborista Monica Whately (agosto de 1936), el diputado del ILP John McGovern, el líder sindicalista "Bert" Papworth (enero de 1937) y la Dra. D.J. Collier (otoño de 1938). Sobre el catolicismo británico en general y su posición frente a la Guerra Civil, se puede ver TUSELL (1993), pp. 241-296; y MOLONEY (1985), pp. 13-82.

a mediados de marzo de 1937 había participado en un mitin prorrepblicano en Kensington.¹⁹

Existieron también, es cierto, algunos británicos que viajaron a España simplemente para recoger información de primera mano sobre la realidad de la Guerra y la situación en la zona republicana. Pese a su carácter apolítico -o más bien a causa del mismo-, estas visitas eran quizá las más rentables desde el punto de vista propagandístico, al menos cuando se conseguía que los turistas regresaran satisfechos de la experiencia. Pero esta condición tampoco era imprescindible: uno de los parlamentarios que llegaron a Madrid a finales de noviembre de 1936, el diputado conservador A.W. James, se arrepintió a mitad del viaje y regresó a Londres (posteriormente se convertiría en un destacado profranquista), lo que no impidió que su nombre figurara en el informe final de la delegación, bastante benévolo con el Gobierno Largo Caballero. Es lógico, por tanto, que los dirigentes republicanos se mostraran especialmente cuidadosos con este tipo de huéspedes, como demuestran los minuciosos preparativos de la visita de Sir Frederic Kenyon y James G. Mann para investigar la situación del patrimonio artístico español en agosto de 1937. El informe redactado por ambos expertos fue considerado un gran éxito por el Gobierno Negrín y editado en varios idiomas (esta vez con permiso de sus autores). Pero aunque los republicanos trataran de repetir la operación encargando a Louis Fischer que organizara delegaciones de profesionales de distintas ramas, sólo consiguieron traer a Barcelona a un grupo de

¹⁹ Sobre Roberts, ver FYRTH (1986), p. 203. El proyecto de una delegación de liberales, en Azcárate a Vayo, 9 de julio de 1938, AMAE, R-1069, 36. Azcárate también trató de traer a España al ex primer ministro y diputado liberal David Lloyd George, pero no lo consiguió: Azcárate a Negrín, 22 de octubre de 1937, AMAE, Archivo Azcárate, 106, 3. Tras la visita de Attlee, su amigo laborista Philip Noel-Baker volvió a intentarlo, pero tampoco tuvo éxito. BUCHANAN (1997), pp. 84-85. Sobre Atholl, ver HETHERINGTON (1989); y ATHOLL (1958).

estudiantes de la Universidad de Oxford encabezado por el futuro primer ministro Edward Heath, entonces presidente de la Asociación de Universitarios Conservadores británicos. El viaje tuvo lugar a mediados de julio de 1938 -semanas después de la visita a la ciudad condal de otra futura celebridad, Jawaharlal Nehru-, y en cierto sentido supuso el canto de cisne del turismo de guerra republicano.²⁰

3. Los viajes

Las crónicas e informes de los ciudadanos británicos que visitaron la España republicana durante la Guerra llaman la atención por la recurrencia de ciertos temas, como la voluntad de resistencia del pueblo, la ayuda extranjera a los nacionales, los efectos de los bombardeos aéreos sobre la población civil, la política educativa y cultural del Gobierno o la cuestión religiosa. Lógicamente, cada viajero o grupo de viajeros se centra en los aspectos que más le interesa resaltar, pero es casi inevitable que no se refiera a uno de estos grandes temas. Los relatos están casi siempre ambientados en las grandes ciudades o en los frentes de combate, y dedican muy poco espacio a la situación en el resto del territorio gubernamental. Algunas organizaciones políticas, en particular la CNT-FAI y el POUM, son por lo general ignoradas. Se trata, en suma, de crónicas escritas desde el punto de vista oficial, similares en muchos aspectos a las publicaciones de propaganda financiadas por los gobiernos de la República. De hecho,

²⁰ Sobre el comandante James, ver BUCKLEY (1940), pp. 267-268. La visita Kenyon-Mann, en AZCÁRATE (1976), pp. 114-119; LOPERA (1981), pp. 150-154; BOSCH GIMPERA, (1980), pp. 259-260; y la carta de Antonio de la Cruz Marín, ministro consejero de la Embajada de Londres, al ministro de Estado, 9 de septiembre de 1937, AMAE, Archivo Azcárate, caja 160, exp. 498. La delegación de universitarios de Oxford, en HEATH (1998), pp. 52-56 y *La Vanguardia*, 10, 12 y 16 de julio de 1938.

algunas de ellas fueron editadas por la Embajada española en Londres u otros organismos directamente vinculados al Estado republicano.²¹

La razón esencial de esta concordancia es que los huéspedes extranjeros de la República no tenían apenas acceso a fuentes de información distintas de las oficiales: los itinerarios de sus visitas estaban pensados para evitar esta posibilidad. Desde el día de su salida hasta el de su regreso, estaban acompañados la mayor parte del tiempo por dirigentes o funcionarios de los gobiernos central, catalán o vasco. De hecho, su principal actividad era asistir a recepciones, entrevistarse con personalidades españolas y hacer declaraciones a la prensa, por lo que no tenían apenas tiempo de estar solos. Uno de los delegados británico en el Congreso de Escritores de julio de 1937, recuerda que "los discursos, el champán, la comida, las recepciones y las habitaciones de hotel formaban una gruesa barrera que nos separaba de la realidad." Como es natural, este ritmo de actividades conllevaba un enorme desgaste físico: según el *Times*, cuando Clement Attlee y sus acompañantes llegaron a Valencia desde Madrid el 7 de diciembre de 1937 estaban totalmente agotados, pues "casi todas las cuarenta y ocho horas que [habían pasado] en la capital [habían estado] ocupadas por discursos, banquetes, entrevistas, recepciones, presentaciones y todo tipo de actos oficiales."²²

El programa de las visitas, en definitiva, constituía un circuito cerrado, compuesto en buena parte de actos protocolarios o directamente recreativos. La preocupación de los dirigentes republicanos por entretener a sus huéspedes podía llegar a extremos algo absurdos, como llevarles al teatro cuando la mayor parte de ellos no entendía una palabra de castellano. Pese a ello, desde mediados de 1937 no hubo viaje

²¹ El informe Kenyon-Mann fue publicado por el departamento de prensa de la Embajada, y la crónica del príncipe Löwestein por la United Editorial, dependiente de este departamento.

²² SPENDER (1991), pp. 241-243. Mr. Attlee in Spain", *Times*, 8 de diciembre de 1937.

organizado que no incluyera una velada teatral: los delegados al Congreso de Escritores asistieron a una representación de *Mariana Pineda* en Valencia, Clement Attlee y sus acompañantes fueron a una función de *Electra* en el Teatro Español de Madrid y la delegación laborista presidida por el diputado G.R. Strauss vio *Fuenteovejuna* en el mismo lugar en enero de 1938. Una anécdota relacionada con este último acto ilustra cómo funcionaba la comunicación en este contexto: los versos de Lope de Vega sobre el precio que debe pagar quien quiera esclavizar al pueblo le fueron traducidos a Strauss por "un periodista español" como "Des avions pour l'Espagne!". Otros turistas, en cambio, eran obsequiados con espectáculos que parecían hechos a su medida: el cantante *folk* norteamericano Paul Robeson asistió a una fiesta flamenca en Madrid, y el grupo de estudiantes de la Universidad de Oxford a un concierto de Brahms y a una representación de la *Carmen* de Bizet en el Palau de la Música catalana.²³

Pero las visitas no podían limitarse a entretener al visitante: debían también ofrecerle una experiencia "real" que le convirtiera en testigo directo de la Guerra, capaz de defender en el extranjero lo que los republicanos llamaban "la verdad sobre España". Para ello, los responsables del área tuvieron que diseñar una serie de itinerarios modelo, ajustados a los temas fundamentales de la propaganda gubernamental, que una vez probados con un turista se aplicarían con ligeras variaciones a los siguientes. Un ejemplo temprano es el programa de actividades de la duquesa de Atholl durante su estancia en Madrid en abril de 1937: la excursión, planeada por el censor Arturo Barea "en las líneas más obvias", incluía un paseo por los barrios más bombardeados, actividad que figura en casi todos los relatos de viaje a Madrid, el País Vasco y Cataluña durante la Guerra. En Madrid, se solía conducir a los turistas por el barrio de

²³ "El viaje de los parlamentarios ingleses a la España leal", *La Vanguardia*, 11 de enero de 1938.

HALDANE (1949), pp. 124-131. HEATH, 1998, 52-56

Argüelles, que por su cercanía a la Ciudad Universitaria era uno de los más castigados; por el camino, las autoridades militares les informaban de las últimas cifras de víctimas civiles. En el País Vasco, las ruinas de Durango cumplieron la misma función durante un breve periodo: el informe de la delegación presidida por el deán de Canterbury incluía fotografías de los clérigos vascos muertos durante el bombardeo del 30 de abril de 1937. En Barcelona, arrasada por la aviación italiana desde finales de ese año, se utilizaban métodos más crudos: entre teatro y teatro, los sindicalistas que llegaron allí a principios de febrero de 1938 fueron llevados por su intérprete a la *morgue*, donde vieron cómo una mujer catalana reconocía el cuerpo mutilado de su hijo entre los cadáveres.²⁴

El itinerario diseñado por Barea para la duquesa de Atholl continuaba con una misa en la iglesia protestante de Calatrava, otro de los grandes tópicos del turismo de guerra gubernamental. Desde el otoño de 1936, los republicanos eran conscientes de que los asesinatos de eclesiásticos y la quema de templos habían dañado su imagen internacional y se esforzaban en mostrar a sus huéspedes practicantes que, aunque las circunstancias no permitieran el ejercicio normal del culto, la religión seguía existiendo en su territorio. Según John Langdon-Davies, los propios dirigentes de la CNT-FAI solían llevar a sus huéspedes extranjeros a ver la Sagrada Familia de Barcelona, una de las pocas iglesias de la ciudad que se había salvado de las llamas. Otra de estas excepciones, la catedral gótica, fue mostrada a personalidades como el deán de Canterbury y el príncipe Löwestein; en su condición de católico, éste asistió también a una misa privada y se entrevistó con el ministro vasco de Justicia, el también católico Manuel de Irujo, que le aseguró que su Gobierno estaba decidido a reabrir las iglesias "en cuanto las circunstancias se lo [permitieran] y tan pronto como la Iglesia católica se [mostrase] leal hacia las instituciones..." En realidad, éste era el discurso de la práctica

²⁴ BAREA (1990), pp. 291-297. *Spain 1938*, pp. 19-20.

totalidad de las comunidades católicas y protestantes del territorio gubernamental a que tenían acceso los visitantes extranjeros, tanto en Barcelona (sede de la Unió Democràtica de Catalunya y de la Federació de Joves Cristianos) como en Madrid (donde la British and Foreign Bible Society cumplía la misma función). Algunos turistas, entre ellos la duquesa de Atholl, se entrevistaron también con el vicario madrileño Leocadio Lobo, uno de los clérigos contratados por el Gobierno para explicar su posición respecto al culto católico.²⁵

Junto a la persecución religiosa, las famosas *sacas* de prisioneros constituían otro de los principales argumentos de los detractores de la República; de ahí que la mayoría de los programas incluyesen también visitas a instituciones penitenciarias. La práctica tardó en implantarse, probablemente porque el Gobierno no empezó a hacerse con el control de las cárceles hasta finales de 1936: a mediados de noviembre de ese año, las autoridades de Valencia y Madrid tuvieron que admitir la existencia de *chekas* clandestinas ante una delegación de parlamentarios británicos. Pero la visita del deán de Canterbury al País Vasco en abril de 1937 les cogió mucho mejor preparados: según su propio informe, los delegados fueron llevados a un "campo para prisioneros políticos" que "podría [haber servido] de modelo para cualquiera en Europa", y los prisioneros con los que se entrevistaron les aseguraron "de forma unánime" que estaban siendo recibiendo un buen trato. Por otra parte, desde la batalla de Guadalajara de marzo estas visitas tenían la ventaja añadida de probar la ayuda extranjera a los rebeldes. Tanto el "deán rojo" como la duquesa de Atholl se entrevistaron con varios presos italianos capturados en Brihuega, que según sus informes les contaron una historia muy similar: todos habían venido a España engañados, pensando que se les contrataba para trabajar en Abisinia. Consciente del valor propagandístico del tema, a principios de 1938 el

²⁵ MCGOVERN (1936), pp. 7-9. LANGDON-DAVIES (1987), pp. 141-142 y 38-39.

Gobierno encargó a un equipo del Progressive Film Institute que grabara el encuentro de la delegación Strauss con los soldados fascistas reclusos en una cárcel de Valencia. De ahí salió un documental titulado *Prisoners prove Intervention in Spain*, que se estrenó en Londres a mediados de abril.²⁶

Además de exhibir las miserias de la República y contrarrestar las acusaciones de sus adversarios, el programa de los viajes permitía mostrar los logros del Gobierno en distintas áreas, como la educación, la protección del patrimonio artístico nacional y la vida parlamentaria. Las escuelas creadas por los gobiernos central y catalán formaron parte del itinerario de turistas como la duquesa de Atholl, el deán de Canterbury y el príncipe Löwestein, que elogiaron de forma unánime la voluntad del Régimen de acabar con el secular analfabetismo español. También fueron muy frecuentes las visitas a depósitos de arte, una práctica iniciada por el Commissariat de Propaganda en el otoño de 1936 e imitada posteriormente por el Gobierno central. La operación Kenyon-Mann no fue el único viaje destinado a demostrar la labor de preservación realizada por la Junta de Protección del Tesoro Artístico: a lo largo de 1938, fueron muchos los turistas que pasaron en Madrid por los museos del Prado y Arqueológico y en Barcelona por los monasterios de Pedralbes y Montserrat (donde se guardaban parte de los tesoros del Prado). En octubre de 1937 se inauguró también la costumbre de invitar a observadores

²⁶ El tema de las *chekas* clandestinas, en COCKS *et al.* (1936), p. 8. ..." Las observaciones sobre el campo de prisioneros vasco, en "Christian Delegation to Spain", *MG*, 26 de abril de 1937. La entrevista de Atholl con los prisioneros italianos, en ATHOLL (1937); "Some impression of Spain", *Empire Review*, 437, junio de 1937, 343-349; *Times*, 24 de abril del 37; y ATHOLL (1958), pp. 210-11. Sobre la preparación y rodaje de *Prisoners prove Intervention in Spain*, ver SALA 1993), pp. 331-340. No he podido consultar el artículo de Thorold Dickinson en el que se basa el relato de Sala: "Experiences in the Spanish Civil War, 1938", *Historical Journal of Film, Radio and Television*, 2, octubre 1984.

extranjeros a las sesiones de Cortes para que certificaran el carácter democrático del régimen republicano: Lord Listowell, uno de los observadores que asistieron a la apertura de las Cortes de Montserrat el 1 de febrero de 1938, describió más tarde su emoción ante este "espectáculo de unanimidad entre gente que rara vez había sido capaz de ponerse de acuerdo, [la] completa anulación de diferencias personales, políticas, históricas y religiosas ante la necesidad de resistir como un sólo hombre a los militares rebeldes y los invasores extranjeros." ²⁷

4.) El regreso

Como es obvio, las atenciones de la República hacia sus huéspedes extranjeros no eran ni mucho menos desinteresadas. El turismo de guerra republicano se basaba en una especie de contrato entre el anfitrión y el visitante: el primero se encargaba de tratarle con el mayor cuidado y de mostrarle todo lo que deseara ver -aunque esta última cláusula admitía diversas interpretaciones-, y a cambio el segundo se comprometía a dar testimonio de su experiencia en su país de origen. Se trataba de un pacto totalmente explícito: como demuestran las crónicas de viaje, los anfitriones se encargaban a menudo de recordar a sus invitados para qué estaban en España. Las intervenciones de dirigentes republicanos en el Congreso de Escritores de julio de 1937 contienen excelentes ejemplos de tales recordatorios, algunos más sutiles y otros menos. En la sesión del día 10, el presidente de las Cortes (Diego Martínez Barrio) se dirigió a los delegados extranjeros con estas palabras: "dentro de poco pasaréis la frontera. No os

²⁷ Sobre las visitas a sesiones de Cortes, ver LISTOWEL (1996), capítulo 4; "Resonancia de la reunión de las Cortes de Montserrat", *La Vanguardia*, 3 de febrero de 1938; y "Los diputados extranjeros que visitan España", *La Vanguardia*, 9 de febrero de 1938.

pedimos que desfiguréis nada de lo que habéis visto, ni que presentéis la verdad con otros aspectos más que con los que habéis comprobado. Con que vuestro testimonio sea de veracidad a nosotros nos basta..." Tres días antes, la escritora comunista Maria Teresa León les había comunicado su esperanza de que no se iban a limitar a hablar de su experiencia, sino que la iban a plasmar en "hechos", "novelas", "artículos" y "conferencias" capaces de "agitar al mundo". El socialista Julio Álvarez del Vayo, que acababa de salir del Ministerio de Estado y volvería a él meses después, resumió esta misión en una sola palabra: "¡Movilizados!"²⁸

La movilización comenzaba antes incluso de cruzar la frontera: la mayoría de los itinerarios incluían actos de propaganda destinados a la opinión británica, desde discursos radiofónicos hasta documentales (caso de la visita de Clement Attlee) o simples autógrafos. Durante su paso por Madrid, la duquesa de Atholl y su acompañante Eleanor Rathbone se dirigieron a sus conciudadanos por los micrófonos de "La Voz de la España republicana", la misma emisora que entrevistó al príncipe Löwestein en agosto de 1937 y a varios diputados laboristas en enero de 1938. Uno de estos diputados, William Dobbie, pidió el fin de la No-Intervención y dijo desear sinceramente "que todo el pueblo británico hiciera conmigo este viaje y padeciera con nosotros y con el pueblo español los rigores de un bombardeo aéreo como el que acabamos de presenciar." Además, él y sus compañeros certificaron por escrito la falsedad de las denuncias sobre la destrucción del patrimonio artístico español por parte de los republicanos: sus autógrafos fueron editados poco después por el Patronato Nacional de Turismo. Edward Heath, por su parte, declaró en Radio Barcelona el 17 de julio de 1938 que le había impresionado la "normalidad" de la vida y la "libertad del

²⁸ AZNAR SOLER (1987), III, p. 227, p. 127 y p. 21.

individuo" en la zona gubernamental, añadiendo -contra toda evidencia, como sabemos en la actualidad-: "aquí no hay tribunales secretos." ²⁹

A juicio de los dirigentes republicanos, sin embargo, la verdadera labor de movilización debía tener lugar una vez que los viajeros regresaran a su país. Esta esperanza se basaba en la esperanza de que éstos habían quedado convencidos de que la causa de la República era justa y digna de ser defendida -o de que los visitantes que ya estaban convencidos de ello no habían encontrado motivos para abandonar esta creencia. La suposición solía revelarse correcta: una vez en Inglaterra, la mayoría de los viajeros se dedicaban a contar su experiencia y a luchar contra la No-Intervención, cumpliendo así con la misión que se les había asignado. Sus testimonios podían asumir distintas formas, desde simples declaraciones a los medios hasta nuevos comités de "ayuda a España". A su regreso a Londres, los parlamentarios laboristas que visitaron Madrid en septiembre de 1936 testificaron ante el Comité sobre las violaciones del Acuerdo de No-Intervención (una creación de Willi Münzenberg y Otto Katz), aportando supuestas pruebas de la ayuda italo-alemana a los rebeldes: una bomba lanzada por un avión alemán, el paracaídas de un piloto italiano capturado por los republicanos y un facsímil de su declaración. La delegación presidida por el deán de Canterbury, en cambio, creó un "Christian Committee for Food to Spain" y emprendió una gira de mítines prorreplicanos por toda Gran Bretaña. Jawaharlal Nehru y Paul

²⁹ "La estancia en Madrid de los diputados laboristas ingleses." *La Vanguardia*, 21 de enero de 1938. (*Our Journey to Spain*, Barcelona, 1938. Según J. M. Sole y J. Villaroya, el Servicio de Investigación Militar (SIM), creado en agosto de 1937 para la represión del quintacolumnismo, mantuvo las checas en funcionamiento, empleándolas como centros de tortura para obtener información. JULIÁ (1999), pp. 183-184 y 256-257. Los mismos autores señalan que el 11 de agosto de 1938 -semanas después de la visita de Heath- se fusiló a 62 procesados en Montjuïc, lo que provocó la dimisión de dos ministros y la protesta de una comisión internacional. Id, p. 250.

Robeson, entre otros, también participaron en actos contra la No-Intervención en Londres a su regreso de España: el segundo quiso incluso rodar una película sobre su viaje, aunque al parecer acabó desistiendo del proyecto.³⁰

Además de entregarse a diversas formas de lucha activa, la mayor parte de los viajeros optaron por demostrar su gratitud hacia sus anfitriones redactando artículos, crónicas o informes sobre su visita a España. Estos testimonios, muy similares entre sí, solían estar escritos en términos elogiosos hacia los dirigentes de la República y -lo que es más importante- ser un fiel reflejo de la versión republicana de la Guerra, tanto en el plano ideológico como en la narración de los hechos. La delegación de parlamentarios que visitó Madrid a mediados de noviembre de 1936, por ejemplo, afirmó en su informe: "Hay sólidas pruebas de que los insurgentes usaron una pequeña cantidad de bombas tóxicas en la Ciudad Universitaria...", una tesis desmentida por la historiografía más reciente. Los testimonios de John McGovern y la delegación presidida por el deán de Chichester sobre la utilización de las Iglesias como fortalezas por los rebeldes también contradicen la visión actual de los acontecimientos, como lo hace la afirmación de Ellen Wilkinson, miembro de la delegación Attlee, de que "actualmente [diciembre de 1937], en la España republicana existe una total libertad de pensamiento y culto." Pero no es necesario subrayar las frecuentes inexactitudes de estos relatos - el "aquí no hay tribunales secretos" de Heath es quizá la más flagrante- para apreciar su casi total sintonía con las tesis republicanas: la duquesa de Atholl, el príncipe Löwestein o la

³⁰ Los testimonios de Dobbie, Brown y Hastings ante el Comité de Investigación de las Violaciones de la No-Intervención, en "Italian Pilot, Shot Down in Madrid, Reveals Truth. Planes for Spanish Rebels", *Daily Herald*, 25 de septiembre de 1936; y "Loyalists march unarmed. British M.P. Describes Militia's Plight", *News Chronicle*, 25 de septiembre de 1936. La campaña del *Christian Committee for food to Spain*, en BUCHANAN (1997), pp. 173-175. Sobre Nehru, ver GOPAL (1975), I, pp. 234-237. "Robeson producing Spanish War Film", *Daily Herald*, 4 de febrero de 1938.

doctora católica D.J. Collier podían creer legítimamente en la voluntad del Gobierno de restaurar la libertad de cultos, como afirmaron en sus respectivas crónicas, lo que no impide que la política de normalización religiosa constituyera una de las principales bazas propagandísticas de la República en el extranjero desde finales de 1936.³¹

Por diversas vías, en definitiva, la mayoría de los viajeros se convertían en vehículos de la propaganda republicana en sus respectivos países, poniendo su credibilidad y su prestigio al servicio de un Gobierno extranjero. Esta actitud podía suponer sacrificios, pero se trataba de sacrificios voluntarios y plenamente conscientes: pese a ser amigo personal del representante de Franco en Londres, el duque de Alba, Sir Frederic Kenyon dio su autorización para que la Embajada republicana en esa ciudad publicara su artículo sobre la labor de la Junta de Protección del Tesoro Artístico. Seguramente este acto de Kenyon no entrañaba deshonestidad por su parte, pues en este artículo afirmaba estar convencido de no haber sido objeto de un engaño: "se nos ha llevado a cuantos lugares hemos deseado ir; se nos ha enseñado todo lo que hemos querido ver; se ha contestado, sin la menor dificultad, a cuantas preguntas hemos formulado.; no hemos percibido apariencia alguna de un deseo de ocultarnos algo." Como él, otros viajeros proclamaron a su regreso su fe en la sinceridad de sus anfitriones: la segunda delegación de parlamentarios británicos volvió de Madrid

³¹ COCKS *et al.* (1936), pp. 9-10. BALFOUR (2002), pp. 565-566 y HEIBERG (2003), pp. 114 ss, coinciden en que no hay pruebas de que los franquistas usaran gas tóxico durante la Guerra, aunque la acusación fue usada por ambas partes. El tema de las iglesias-fortaleza, en "The Church in Spain. Report on conditions by British clergy", *Times*, 16 de febrero de 1937. Una crítica de la "falacia" de las iglesias-fortaleza en MANENT y RAVENTÓS (1984), pp. 34-38, que señalan que en Barcelona sólo está probado el caso del convento de los carmelitas en la Diagonal. Ver también SÁNCHEZ (1987), pp. 27-29. La cita de Wilkinson, en *Daily Herald*, 13 de diciembre de 1937. El informe Collier, en "Catalonia: Catholic Witness's Evidence", *The War in Spain*, 47, 10 de diciembre de 1938, 186.

convencida de que los dirigentes de la Junta de Defensa eran jóvenes de "absoluta honradez y gran idealismo", y el príncipe Löwestein describió a Manuel de Irujo como un hombre "de cuya sinceridad no podía dudarse." En algunos casos, la buena fe de los turistas bordeaba la ceguera: a su vuelta de España, la duquesa de Atholl escribió a Winston Churchill que había encontrado allí a "un hombre llamado Simon" (pseudónimo de Otto Katz) que le había impresionado como "uno de los hombres mejor informados –de hecho, el mejor- sobre Alemania que he conocido".³²

El hecho de que la inmensa mayoría de los viajeros reaccionara de la forma prevista constituye posiblemente el aspecto más sorprendente del turismo de guerra republicano. Sin duda, la República no carecía de virtudes, y existen algunos casos de conversión "genuina" tras un viaje a España: el diputado laborista James Griffiths ha escrito que su visita a España en enero de 1938 acabó con su antiguo pacifismo; y el conservador Michael Weaver declaró a finales de 1938 que tras recorrer ambas zonas había cambiado por completo de opinión en la cuestión española y que se identificaba plenamente con el Gobierno de Barcelona. En la mayor parte de los casos, sin embargo, estas reacciones pueden explicarse por la confluencia de dos factores: la predisposición favorable de los visitantes y el efecto de las técnicas de hospitalidad republicanas. En este sentido, los viajes analizados en este trabajo parecen llevar a la misma conclusión expuesta por Hollander en relación con los "peregrinos políticos" a la Unión Soviética y

³² La cita de Kenyon, en AZCÁRATE (1977), p. 291. El idealismo de los dirigentes de la Junta de Defensa, en "MPS' Report on Mission to Spain", *Manchester Guardian*, 18 de diciembre de 1936. La entrevista de Löwestein con Irujo, en LÖWESTEIN (1937), pp. 99-104. Atholl a Churchill, 9 de mayo de 1937, CHAR 2/314/14-19. Existen otras pruebas de la ingenuidad de Atholl: el húngaro Arthur Koestler, que por aquel entonces trabajaba al servicio de Katz, recuerda que cuando la conoció a mediados de 1937 ésta le preguntó si era miembro del partido comunista; cuando él lo negó, ella le dijo: "Su palabra me basta". KOESTLER (2000), II, p. 406.

otros Estados comunistas: en uno y otro caso, "existió una notable congruencia entre las actitudes de la mayoría de los intelectuales visitantes y las de sus anfitriones: los primeros deseaban una confirmación experimental de las creencias favorables que sostenían acerca de los sistemas sociales de los países visitados; los segundos estaban dispuestos a ofrecer precisamente eso." Conviene recordar, por último, que el turismo de guerra constituía en buena medida un acontecimiento mediático, un espectáculo destinado a los medios de comunicación, tanto británicos como republicanos. En este sentido, lo que los visitantes pensaran realmente era irrelevante; lo fundamental era lo que decían pensar.³³

³³ FRANCIS, 1989, 133-134. "Spanish Visit Converts Tory", *DH*, 30 de noviembre de 1938; "An English Conservative on Spain", *The War in Spain*, 47, 10 de diciembre de 1938. HOLLANDER, 300. Un ejemplo de lo contrario sería Spender, quien se marchó del Congreso sintiendo "una profunda insatisfacción" y no volvió a España. SPENDER (1991), p. 247. Sobre los "media events", ver DAYAN y KATZ (1992).

Bibliografía secundaria citada

- ATHOLL, Katharine: *Working Partnership*, Londres, Arthur Barker, 1958
- AVILES FARRE, J: *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 1999
- AZAÑA: *Diarios completos*. Barcelona, Crítica, 2000
- AZCÁRATE, Pablo de: *Mi embajada en Londres durante la Guerra Civil española*, Barcelona, Ariel, 1976
- AZNAR SOLER, Manuel: *I Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura* (París, 1935). Valencia, Generalitat Valenciana, 1987
- II congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937)*. Vol. 2: *Literatura española y antifascismo*. Valencia, Generalitat Valenciana, 1987.
- Con Luis Mario SCHNEIDER: *II Congreso internacional...*, vol III: *Actas, ponencias, documentos y testimonios*, Valencia, 1987
- BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Martínez Roca, 2002
- BAREA, Arturo: *La llama*, Barcelona, Plaza y Janés, 1990
- BOLÍN Luis: *España. Los años vitales*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967.
- BOSCH-GIMPERA, Pere: *Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1980
- BRERETON, Geoffrey: *Inside Spain*, Londres, Quality Press, 1938
- BUCHANAN, Tom: *Britain and the Spanish Civil War*, Oxford University Press, (1997 a).
- "The Death of Bob Smillie, the Spanish Civil War, and the Eclipse of the Independent Labour Party", *The Historical Journal*, volume 40, 2, junio 1997, 435-461.(1997 b)
- The Spanish Civil War and the British labour movement*, Cambridge University Press, 1991.
- "A Far Away Country of Which We Know Nothing? Perceptions of Spain in Britain, 1931-1939", *Twentieth Century British History*, Vol. 4, 1 (1993), 1-24
- BUCKLEY, Henry: *Life and Death of the Spanish Republic*, Londres, Hamish Hamilton, 1940
- DAYAN, Daniel, y KATZ, Elihu: *Media Events: the Live Broadcasting of History*, Cambridge, Massachussets, Harvard University Press, 1992
- FAYET, Jean-François: "La VOKS: entre culture, politique, et lobbying diplomatique", en Hans Ulrich Joswt y Stéfanie Prézioso (eds): *Rélations internationales, échanges culturels et réseaux intellectuels*, Lausanne, Antipodes, 2002, pp. 97-113
- "Entre mensonge, engagement et manipulation. Les témoignages d'Occidentaux ayant séjourné en URSS", en Jean-Phillipe Jaccard (dir.): *"Un mensonge déconcertant"? La Russie au Xxe siècle*, parís, L'Harmattan, 2003, pp. 377-418.
- FERNÁNDEZ FÚSTER, Luis: *Historia general del turismo de masas*, Madrid, Alianza, 1991
- FONTSERÈ, Carles: *Memories de un cartellista catalá (1931-1939)*, Barcelona, Pòrtic, 1995

- FRANCIS, Hywel: *Miners against Fascism. Wales and the Spanish Civil War*, Londres, Lawrence and Wishart, 1989
- FRIERA SUÁREZ Florencio: *Ramón Pérez de Ayala testigo de su tiempo*, Gijón, Fundación Alvargonzález, 1997
- FUENTE, Pablo de la: *Sobre tierra prestada*, Santiago de Chile, Nuestro Tiempo, 1944
- FUSSELL, Paul: *Abroad: British Literary Travelling between the Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1980
- FYRTH, J: *The Signal was Spain: The Aid Spain Movement in Britain, 1936-1939* Londres, Lawrence and Wishart, 1986
- GOPAL, Sarvepalli: *Jawaharlal Nehru. A Biography*, vol. I, Delhi, Oxford University Press, 1975
- HALDANE, Charlotte: *Truth will out*, Nueva York, Vanguard Press, 1950
- HEATH, Edward: *The Course of My Life*, Londres, Hodder and Stoughton, 1998
- HEIBERG, Morten: *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2003
- HETHERINGTON, Sheila: *Katharine Atholl, 1874-1960: against the tide*, Aberdeen University Press, 1989
- HOLGUIN, Sandie: "National Spain Invites You: Battlefield Tourism during the Spanish Civil War", manuscrito inédito, 2004.
- HOLLANDER, Paul: *Los peregrinos políticos*. Madrid, Playor, 1987.
Political Pilgrims: Western Intellectuals in Search of the Good Society, 1998, New Brunswick, Transaction Publishers, 1998
- HORN, Gerd-Rainer: "The language of symbols and the barriers of language: foreigner's perceptions of social revolution (Barcelona 1936-1937)", *History Workshop Journal*, 1990 (29): 42-64
- JOHNSTONE, Nancy: *Hotel in Spain*, Londres, Faber and Faber, 1937
- JULIÁ, Santos (coord): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999
- KEENE, Judith: *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain During the Spanish Civil War, 1936-1939*. Londres, Leicester University Press, 2001.
- KOESTLER, Arthur: *La escritura invisible*, Barcelona, Debate, 2000
- LANGDON-DAVIES, John: *La setmana tràgica de 1937 i altres vivències de la Guerra Civil a Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 1987
- LISTOWEL, Earl of: *The Memoirs of the Earl of Listowel*, 1996, disponibles en Internet: [http://www.Redrice.com/listowel/CHAP 4](http://www.Redrice.com/listowel/CHAP4).
- MALIA, Martin: *Russia under Western Eyes*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 1999

- MANENT, Albert; RAVENTÓS Josep: *L'Esglesia clandestina a Catalunya durant la Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1984
- MOLONEY, Thomas: *Westminster, Whitehall and the Vatican: the Role of Cardinal Hinsley, 1935-1943*, Kent, Burns & Oates, 1985
- MORADIELLOS, Enrique: "El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporaneísta", *Revista de Extremadura*, 24, septiembre-diciembre de 1997, pp. 7-38.
- MUELLER, Marja Lynne: *The British Labour Party's response to the Spanish Civil War*, tesis doctoral inédita, Michigan, UMI, 1979
- RAWICZ, Mariano: *Confesionario de papel. Memorias de un inconformista*, Granada, Comares-IVAM, 1997
- SALA NOGUER, Ramón: *El cine en la España republicana durante la Guerra Civil*, Bilbao, Mensajero, 1993.
- SPENDER, Stephen: *World within World*, Londres, Faber and Faber, 1991
- SÁNCHEZ, José M.: *The Spanish Civil War as a Religious Tragedy*, Indiana, University of Notre Dame Press, 1987
- SCHNEIDER Luis Mario: *II Congreso internacional...*, vol I: *Inteligencia y guerra civil española*, Valencia, 1987.
- TUSELL, Javier, y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva: *El catolicismo mundial y la guerra de España*, Madrid, BAC, 1993
- UCELAY DA CAL, Enric: "Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil", *Historia Social*, 1990, 6, 23-43
- "Prefigurazione e storia: la guerre civile spagnola del 1936-39 come riassunto del passato", en G. RANZATO (dir.): *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*. Turín, Bollati Boringhieri, 1994, 193-220.
- "La imagen internacional de España en el periodo de entreguerras", *Spagna contemporanea*, 1999, n. 15, pp. 23-52.
- USANDIZAGA, Aránzazu (ed.): *Ve y cuenta lo que pasó en España. Mujeres extranjeras en la Guerra Civil: una antología*, Barcelona, Planeta,. 2000
- VERNON, Betty D: *Ellen Wilkinson, 1891-1947*, Londres, Croom Helm, 1982

Crónicas e informes de viaje citados

- Art Treasures of Spain. Results of a visit by Sir Frederick Kenyon, former director of the British Museum, and Mr. James G. Mann, Keeper of the Wallace Collection.* London, Press Department of the Spanish Embassy in London, 1937.
- ATTLEE, Clement, et al: *We Saw in Spain*, Londres, Labour Party, 1938

COCKS, Seymour *et al*: *Spain: the visit of an all-party group of Members of Parliament to Spain*, Londres, Lawrence and Wishart, 1937

JOHNSON, Hewlett y otros: *Report of a recent religious delegation to Spain, April 1937, by the Dean of Canterbury et al*, 1937

LOEWESTEIN, Hubertus Friedrich: *A Catholic in Republican Spain*, Londres, Victor Gollancz, 1937

LUNN, Arnold: *Spanish Rehearsal*, Londres, Hutchinson & Co., 1937

MCGOVERN, John: *Why Bishops Back Franco*, Londres, ILP, 1936

POLLITT, Harry: *Pollitt visits Spain*, Londres, International Brigade Wounded and Dependants' Aid Fund, 1938

Report of a group of Anglican and Free Churchmen who visited Spain, January 29 to February 9, 1937, Londres, 1937

SPAIN. Spanish State Tourist Department: *Our Journey to Spain [statements by J. Milner and other members of the Labour delegation to Spain, January 1938]*, Barcelona, 1938

Spain 1938. Report of Trade Union and Labour Party members Delegation to Spain February 1938, Londres, International Brigade Wounded and Dependants' Aid Committee, [1938]

Spain and Ourselves, Londres, Mineworkers' Federation of Great Britain, 1938